

JUAN MIGUEL CORTÉS SANTIAGO

A person in a yellow jacket sits on the edge of a dark, jagged rock formation, looking out over a vast landscape. Below the cliff is a calm lake, and in the distance, there are snow-capped mountains under a hazy, orange-tinted sky. The overall mood is adventurous and contemplative.

LAS AVENTURAS DE JUAN MIGUEL

R.

EL MALETÍN DEL HOMBRE MUERTO

Por aquel entonces, corría el año 1942: En la capital de Almería; Provincia de Andalucía (España). Todo comenzó, aquella fría mañana de enero.

solía sentarme en aquella desarrapada silla de brazos cada mañana. Los tímidos rayos de sol calentaban mis huesos y, así, transcurrían las horas del día, hasta que la luz declinaba ya de forma clara y las sombras de la noche se acercaban.

Ciertamente, no tenía mucho que hacer, salvo holgazanear y reírme de las calamidades que sufrían los demás. Hacía ya dos años que me había quedado sin trabajo y desde entonces, esta era la monotonía de los días, mi vida resultaba aburrida y carente de emoción o aventura.

Después de que Samuel, "el encargado de la tienda" cerrara su pequeño negocio, me marchaba directamente a casa. Apenas cruzaba algún saludo con los que encontraba en mi camino. Martina, mi mujer, me instaba a llegar al hogar antes de que las últimas luces del día se perdiesen en el horizonte.

Decía, que estar en casa con luz del día, era para mi algo beneficioso. En aquel entonces, la noche traía consigo numerosos peligros. La gente deambulaba de un lado para otro haciendo trapicheos y, conseguir dinero, para consumir algún tipo de droga.

El lugar donde había madurado mi juventud, fue un "barrio marginal" donde las drogas y las peleas a cuchilladas y a

tiro limpio estaban a la orden del día. (El puche) ubicado en la provincia de Almería.

* Recuerdo aquella fría mañana, estaba tomando el sol, sentado en aquella vieja silla, como de costumbre, cuando se me acercó aquel individuo. Se detuvo frente a mí, estaba sudoroso y visiblemente agitado, miraba a un lado y después al otro de forma automática, se podía escuchar su agitada respiración y los ojos abiertos como platos, dibujaban el miedo en su rostro.

Su aspecto, era desagradable. Los cabellos desaliñados, cejas pobladas y nariz aguileña, hacían juego con la cara hundida de mejillas y demacrada por la ausencia de muelas y, una horrible cicatriz, recorría su frente de izquierda a derecha. Su ropa, lucía rota y deteriorada, con sendos agujeros en los pantalones, en cuanto a los zapatos, desgastados por el uso continuado. Definitivamente no era una visión agradable. Entonces me dijo...

—Hola amigo, escucha, guárdame este maletín por favor, en unas horas vendré a este mismo sitio a recuperarlo y te daré cien €uros por tu ayuda, ahora no puedo explicarte más, solo te pido que me hagas este gran favor y te estaré eternamente agradecido.- Aquel individuo, dejó el maletín junto a mí y salió corriendo despavorido, cual alma lleva el diablo.

Estuve esperando algunas horas sin moverme de allí, me preguntaba si aparecería de nuevo, pero no volví a saber nada de aquel hombre, así que, cansado de esperar, me encaminé hacia mi casa llevándome el maletín conmigo.

El ambiente estaba tormentoso, denotaba lo inminente de la tormenta, los negros nubarrones que cubrían en su totalidad el cielo de la comarca. Acomodé entonces sobre mis hombros, la recia lona con la que Samuel cubría su destartada moto, Para protegerme de los rigores de la lluvia, calándome también la gorra hasta las cejas y cubriendo las orejas, luego eché a andar hacia mi casa. La lluvia comenzó a caer sin dar tregua alguna, jamás la imaginación más fértil, imaginaría semejante aguacero, como el de aquel día. El cielo se estremecía, diluviando sin cuartel y, el viento, zarandeaba mi cuerpo de un lado a otro.

Di unos pasos y paré. Metí el maletín bajo la gruesa lona y protegerlo así de la lluvia lo mejor que podía, luego emprendí nuevamente el camino. Todos iban con prisa, corrían despavoridos cubriéndose la cabeza con las manos intentando en vano, que el agua no los mojara. La tarde se tornó desapacible, he invitaba al recogimiento en el hogar. La lluvia y el viento, arreciaba por momentos, lo que me hacía realizar un gran esfuerzo para no dar con los huesos en el suelo.

Por fin llegué a la puerta de casa y, sin perder tiempo, di las dos vueltas de llave en la cerradura y entré. Crucé el pasillo que da al salón. La vieja lona que cubría mi cuerpo, chorreaba agua por los bordes, estaba tan empapado que la humedad había traspasado el tejido y mojado todo mi cuerpo.

Llegué exhausto por el esfuerzo que había realizado al caminar en medio del temporal.

Martina, mi pareja sentimental, acudió rauda y veloz, saliendo de la cocina alarmada, tras escuchar el tremendo

portazo que el viento había ocasionado. —¡Juan Miguel ¿eres tú, Juan Miguel!? —

—¡Sí... Soy yo! —Conteste a Martina para su tranquilidad. —¡Vaya, vaya, no te imaginas el susto que me he llevado al escuchar el tremendo portazo!

resoplaba aliviada, al ver qué era yo y todo estaba bien. —¿Ha ocurrido algo, pareces preocupado? — No, todo está bien —contesté a su pregunta. Abrí la lona y saqué de mi pecho el maletín que con tanto cuidado había traído a casa protegiéndolo del aguacero. Lo miré con fijeza y suspiré profundamente, algo en mi interior me decía, que aquél no era un maletín corriente y, lo que encerraba en su interior, era algo fuera de lo común. Era un maletín precioso, tenía un brillante color dorado y atraía la atención, como si en él, hubiese escondido un tesoro para quien lograra poner sus manos sobre él.

Martina, y yo, éramos una pareja convencional, no habíamos tenido hijos, aún éramos jóvenes, por aquel entonces frisaba los veintiséis años, Martina, aún no cumplía veinticinco. El color moreno de su piel, encajaba con el de una mujer atractiva por naturaleza, de pelo oscuro como la noche más profunda y, brillaban sobre su cara, unos negros ojos a juego con el cabello. Su mirada estaba cargada de fuerza, aunque en el fondo, podía verse amabilidad y compasión. Conservaba todavía el atractivo de la juventud, era todo un placer, mirar su rostro angelical cada mañana al despertar junto a ella. Recriminaba algunas de las amistades que tenía, a las que consideraba inadecuadas y perniciosas. No le gustaba que frecuentase la casa del tuerto, ni la de Samuel, el tendero, pues era sabido

de todos, los oscuros negocios que hacían comerciando con drogas y otras cosas ilegales.

De estas amistades no podía salir nada bueno, pensaba ella y, a buen seguro, estaba en lo cierto, pues no pasaban muchos días, sin que uno u otro estuviese metido en serios problemas.

A menudo, armaban trifulcas por desavenencias con supuestos amigos, llegando incluso, a portar armas de fuego y herramientas cortantes y punzantes para salvaguardar su propia integridad. Tampoco veía con buenos ojos que fuese a la taberna que había en el barrio, ni le gustaba el pastor de los "testigos de Jehová" con quien tenía una estrecha relación. Me dirigí entonces a una pequeña habitación en lo alto de la casa, me servía de escape para desconectar del mundo cuando el agobio me alcanzaba. Allí, me reunía en ocasiones con amigos, ante la oposición de Martina, a la que no le gustaba aquellas amistades. La escasa luz que penetraba en la habitación, procedía de una pequeña ventanita que daba a la calle trasera de la vivienda, siendo la mejor luz la del mediodía. No obstante, era un lugar en el que me encontraba cómodo y a salvo de todos y, aunque el mobiliario era escaso, me sentía reconfortado en aquel pequeño cuartucho. Una mesa coja de madera y un sofá de aspecto incómodo, lleno de agujeros y rasgados, era todo lo que había. Además, varias cajas viejas de cerveza, hacían a su vez de asientos. En las paredes lucían varias estanterías de madera con algún que otro viejo libro. Después de entrar al cuartucho y cerrar la puerta tras de mí, coloqué el misterioso maletín sobre la vieja mesa de madera, luego, encendí una vela que proporcionara luz, pues aquel día todo estaba

cubierto de nubarrones oscuros y, aquel cuartucho, no alcanzaba la electricidad.

Tomé asiento y me dispuse a explorar el contenido de aquel hermoso maletín. En aquel preciso momento, el estruendo de un trueno sonó como si el cielo se hubiese resquebrajado en mil pedazos. Me estremecí una vez más, escuchando la trágica sinfonía compuesta de truenos y relámpagos que lo envolvía todo. Miré con detenimiento el maletín.

Para poder acceder a su contenido, debía poner en orden unos extraños caracteres y acertar la combinación, pues se abría como un candado de números, solo que el maletín, no mostraba números sino extraños signos. Por un instante, recordé al hombre que aquella misma mañana, poco después de las once, había llegado frente a mi preso de una fuerte agitación. Su rostro no me era familiar, sin duda se trataba de un forastero que, tal vez, se encontrase en apuros. Logré resistir la tentación y creí, que lo mejor sería conservar el maletín intacto hasta que aquel individuo viniese a por él y me diera los cien €uros prometidos, así que, cogí el bonito maletín y lo guardé bajo el colchón. Mi habitación estaba en la parte baja de la vivienda, necesitaba pensar con claridad. Meditando tranquilamente en silencio, recordaba aquellos instantes y, pasó por mi mente, la idea de que aquel individuo deseaba, por encima de todo, deshacerse de aquel maletín a cualquier precio. Recordé incluso, cómo el dueño del extraño maletín actuó con torpeza, pues ni siquiera había preguntado mi nombre, ni cual era mi dirección. Imaginemos que hubiese decidido apropiarme del maletín ¿cómo podría localizarme? estaría perdido y no sabría dónde acudir para recuperar sus pertenencias.

Sin saber por qué, mi inquietud aumentaba por momentos, me ensimismaba en la contemplación de aquel objeto misterioso. Ni siquiera me había dado cuenta de que la tormenta había amainado, aunque todavía quedaron unos instantes de claridad. Martina, interrumpió mis pensamientos.

—Juan Miguel, es ya muy tarde, la cena está servida hace ya bastante rato, ¿Acaso piensas meterte en la cama sin comer? se está enfriando, vamos a cenar.— Me levanté de aquel incómodo sofá y tras hacer una serie de estiramientos de brazos y cintura, desenredé los huesos que se me habían quedado encallados, seguí a mi mujer hasta la cocina y ambos cenamos en silencio.

Después de haber acabado, nos sentamos en el saloncito y, mientras yo leía el periódico, ella se entretenía tejiendo una hermosa bufanda de lana, azul y blanca. El ambiente estaba calmado, oíamos el sonido de la radio de fondo, con el volumen bajito.

Martina, hizo varios intentos de iniciar conversación, porque estaba tan sumido en mis pensamientos que era como si no estuviese en casa, aunque todos los intentos resultaron fallidos, solo contestaba sacudiendo la cabeza con un sí, o un no. No obstante, ella seguía hablando cada vez más animada en la conversación, hasta que de pronto, oí algo en la radio que llamó mi atención, al punto, que hizo levantarme sobresaltado del asiento...

"A Esta tarde, los vecinos de la comarca, se han sobresaltado por la trágica noticia del hallazgo de un cadáver. Ha sido hallado, a las puertas de la iglesia "San Isidro" Los autores del

horrendo crimen, aún no han sido localizados. El cadáver, presenta un tajo en el cuello. Además, se ensañaron brutalmente con él, disparándole hasta en siete ocasiones en el abdomen, su aspecto era horrible, tanto, como la cicatriz que cruzaba su frente de parte a parte. A" —¡Dios bendito del cielo! —Exclamé sofocando un grito. —¡Por el amor de Dios Juan Miguel, que me has dado un susto de muerte ¿A qué viene semejante vocerío? —

—¿No has escuchado la noticia que acaba de dar la radio?— pregunté a Martina con nerviosismo.

—Sí, lo he oído, han dicho que el cadáver que han encontrado estaba degollado y, tenía una horrible cicatriz, que cruzaba su frente de derecha a izquierda y, además, se habían ensañado brutalmente con esta persona, le dispararon hasta siete veces, que horror. ¿Tanta importancia tiene ese cadáver, si no conocemos de nada a esa persona? —¡Es él, Dios mío es él! —exclamé con agitación... —¿Quién es él? ¿De qué demonios estás hablando?— Preguntó Martina. Sin decir una palabra más, abandoné el salón, necesitaba tomar el aire frío de la noche para despejar mis ideas. Sin duda, se trataba del individuo que me había dejado el maletín. Solo habían pasado algunas horas y estaba muerto, lo habían asesinado, solo de pensarlo se me helaba la Sangre. Ahora le daba sentido a las palabras que decía mi amigo samuel, él decía, que corrían por la ciudad extraños rumores. Se rumoreaba que un grupo de hombres, al parecer llegados desde Colombia, hacían preguntas para localizar a cierto individuo que portaba un bonito maletín y, precisamente, me acabo de enterar del hallazgo de este cadáver. Esto es demasiada casualidad, seguramente sus amigos lo

encontraron y, al no localizar el misterioso maletín, ellos mismos lo han matado.

Después de haber puesto mis ideas en orden subí nuevamente a casa. Martina era consciente del nerviosismo que me embargaba, así que preparó una infusión de valeriana bien caliente, endulzándola con unas gotas de miel y esperó pacientemente a que me serenase.

Minutos después, logré calmar mi desasosiego y comencé a hablar...

—Esta mañana, poco después de mediodía, llegó un hombre con un hermoso maletín a la tienda de Samuel, aunque no llegó a entrar, pues nada más verme recostado en la fachada, sentado en la silla de brazos, vino directamente hacia mí. Al principio, no le di mayor importancia, sin embargo, me llamó la atención la agitación de aquel individuo. No paraba de mirar en todas direcciones y lo primero que me dijo fue, que le guardara un maletín, que dentro de unas horas volvería a recogerlo y me daría cien euros, luego desapareció. Ahora que lo pienso, no parecía una persona que tuviera dinero, su apariencia era la de alguien abandonado en la calle. Tenía tanta prisa, que ni siquiera preguntó cuál era mi nombre, o la dirección dónde vivía, simplemente me dio el maletín y se esfumó sin que nunca más volviera a saber de él. Pensé, que quizás se tratara de un ladrón o de un fugitivo, la verdad ya no sé qué pensar, es todo tan extraño. Desde entonces, no hago otra cosa que mirar el maletín e imaginar que habrá en su interior, no tengo ni idea de cuál pueda ser su contenido, es un maletín misterioso.

Su valor material es, a primera vista, costoso.

¿Por qué alguien querría deshacerse de un maletín tan especial?—. Martina guardaba silencio, mientras seguía hablando...

—Cuando escuché lo del cadáver que habían hallado a las puertas de la iglesia, apenas podía creerlo, y al mencionar lo de la cicatriz, pensé que podría tratarse del hombre que me visitó esta mañana, pero ahora estoy convencido, ¡Es el, es el cadáver del hombre en cuestión, no hay duda J. Martina, me miró fijamente y exclamó!

—No comprendo Juan Miguel, ¿por qué la muerte de ese hombre te afecta de esta manera?—

—Comprenderás que me produzca sorpresa y asombro, que hayan matado a un hombre con el que he estado hablando hace unas horas, es para estar asustado, aquel hombre temía algo, ¿Que tal, si las personas que lo mataron están buscando el maletín? Podrían enterarse que me lo entregó a mí? —Esta reflexión, llenó de angustia a Martina y, los temores que yo padecía, ahora también los padecía ella.

Después de lo ocurrido, decidí esperar unos días hasta que todo estuviese más calmado.

Debía andarme con pies de plomo, los habitantes del barrio, era gente muy problemática, sabía perfectamente, que acabarían vendiendo por cuatro euros a su propia madre. El peligro, podría estar en cualquier sitio, no debía bajar la guardia, lo que estaba sucediendo era muy delicado, de hecho,

había un cadáver por medio y los asesinos aún andaban sueltos, seguramente, buscando el dichoso maletín, maletín que estaba en mi poder.

Otra de mis preocupaciones consistía en tener controlado al vecino. Corrían rumores de que era un confidente de la policía, lo que se conoce como un "chivato" si por casualidad llegase a averiguar algo sobre el maletín, no tardaría en denunciarme a las autoridades, o vender mi pellejo al mejor postor.

Era un personaje relevante, "negativamente hablando, " no solo en el vecindario, también en todo el barrio. Su reputación era conocida por todos.

Sabíamos perfectamente lo violento que resultaba cuando algo lo enojada. Muy pocas, eran las personas que se atrevían a enfrentarlo, dado a la peligrosidad del mismo. Baltasar, que así se llamaba mi vecino, era de etnia gitana, de familia numerosa y muy violenta, de ahí, que nadie, o muy pocos, se atreviesen a plantarles cara. Frisaba los sesenta años, aunque su rostro expresaba un dinamismo y una energía propios de una persona mucho más joven. Era hombre corpulento y entrado en carnes, aunque eso sí, su intelecto era bastante limitado, vamos que no era una persona muy inteligente y, su vocabulario áspero y seco, hacían de Baltasar un ser despreciable.

Después de algunas semanas, decidí que era el momento de revisar el contenido del misterioso maletín y resolver de una vez por todas, el misterio que guardaba su interior. Subí a la pequeña habitación y sin más demora,forcé el maletín abriéndolo con determinación.

Por fin, logré posar la mirada en su interior. Mi sorpresa fue mayúscula, una triste decepción, embargo mi ánimo. No era lo que esperaba ver, había imaginado que el maletín podría contener algunos cientos de miles de euros, sin embargo, después de haberlo revisado a conciencia, encontré lo siguiente: 20.000 dólares americanos, un boleto de avión a Colombia, tres pasaportes con la misma fotografía, aunque con distintos nombres, dos bolsitas de polvo blanco, que resultó ser cocaína, en total, dos kg de gran pureza y una pequeña cajita, que contenía en su interior, un viejo mapa que señalaba las coordenadas específicas, para encontrar un valioso diamante. En principio, no le di mayor importancia.

De pronto, comencé atar cabos y a entender lo que estaba sucediendo. Ahora tenía claro, a que se debía el nerviosismo y la agitación de aquel individuo que me entregó el maletín. Primero, el hallazgo de un cadáver mutilado, luego, aquellos hombres llegados de Colombia preguntando por cierto individuo y un maletín. ¡Claro, todo encaja perfectamente!, seguramente sus compañeros de la mafia lo habían asesinado, después de que éste, le hubiere robado el dinero y la droga.

Aquella visión me dejó trastocado, el mero hecho de haber visto aquellas bolsitas de cocaína, despertó en mí, el incontrollable deseo de consumirla. Me apresuré a avisar a Martina para que viera lo mismo que estaban contemplando mis ojos. Subió cautelosa y, se quedó junto a la puerta del cuartucho. Su cara, era todo un poema y, su expresión, dibujaba la incertidumbre y la impaciencia contenida. Poco a poco, fue acercando sigilosamente la mirada al maletín y al llegar a él, primero se quedó petrificada, después resopló todo el aire que guardaba en los pulmones y, seguidamente, se desplomó en